

y problemas en la formulación de teorías, p. 19-66. Cap. V. Epilogo: Algunos temas viejos y nuevas direcciones, p. 313-341 (es el mismo artículo que figura en Llobera: La Antropología como Ciencia, p. 55-78).

MARTIN, M. y VOORHIES, B. 1978

La mujer, un enfoque antropológico. Anagrama. Barcelona 1978. Cap. I: La quintaesencia del sexo, p. 9-21.

MENENDEZ, E. 1967/68

El Modelo Antropológico Clásico. Buenos Aires. Ms.

WOLF, E. 1971

Los campesinos. Labor. Barcelona. Cap. I. El campesinado y sus problemas. p. 9-30.

PERSPECTIVA DE LA ARQUEOLOGIA

M. Boschín, A. de Brito, A.M. Llamazares, Cristina Vulcano

Qué es la Arqueología

Después de una larga trayectoria que arranca durante el Renacimiento europeo, la arqueología se ha llegado a convertir en una disciplina científica, con metodologías y técnicas de gran rigurosidad. El arqueólogo actualmente es, por tanto, un científico. Su tarea requiere de una profunda, variada y sistemática formación universitaria, pues por otra parte, su compromiso ético es muy grande. Tal como señalara Mortimer Wheeler —uno de los fundadores de la arqueología moderna, principalmente por lo que aportó al perfeccionamiento de las técnicas de trabajo de campo—: “En el mejor de los casos, excavación significa destrucción, y a la destrucción que no esté mitigada por todos los recursos del conocimiento moderno y de la experiencia acumulada, nunca se le podrá impugnar con suficiente rigor”,¹ (Wheeler, M. 1954). Debemos tener presente que lo que el arqueólogo tiene entre manos es un patrimonio sumamente valioso: es la posibilidad de reconstruir nuestro pasado, los primeros eslabones de nuestra identidad, ya sea como nación o como especie humana.

Estas advertencias iniciales nos muestran la proyección del trabajo arqueológico, al tiempo que nos permiten clarificar los objetivos y la integración de la arqueología dentro del marco general de las ciencias.

Para arribar a una definición de arqueología conviene ubicarla primero como una especialidad, una rama de la Antropología. En tanto tal, comparte con éstas sus presupuestos teóricos y metodológicos, aunque cuenta con técnicas que le son propias y están exigidas por la naturaleza del registro arqueológico, es decir, por el tipo de objetos (principalmente objetos materiales) que constituyen sus datos.

Hacer arqueología sería, entonces, hacer una antropología del pasado, de las culturas desaparecidas. Hacer antropología significa estudiar científicamente los sistemas socioculturales y sus procesos de cambio.² Son objetivos de la arqueología, en tanto forma parte de la Antropología, la reconstrucción de los sistemas socioculturales y la elucidación de los procesos de cambio; es decir, conocer, comprender y explicar el comportamiento cultural del hombre prehistórico.

Para dar cumplimiento a estos objetivos se debe trabajar en dimensión sincrónica, aislando y caracterizando cada nivel de ocupación; y en dimensión diacrónica, reconstruyendo las secuencias verticales del acaecer histórico-social.

¹ Traducción de un fragmento extraído de la obra “Archeology from the Earth”, Penguin Book, London, 1956.

² No podemos entrar aquí en consideraciones sobre los matices y enfoques que cada investigador o escuela puede darle al trabajo antropológico según su particular orientación teórica. Constituye una instancia de mayor profundización que excede el marco de este texto.

Antrop. EUNEBIA 1986

Es en este último sentido (la búsqueda de lo diacrónico) que la arqueología se integra asimismo, al campo de la Historia, entendida como la ciencia que busca, a través del eje cronológico, la reconstrucción de los procesos y la identificación de las leyes del desarrollo histórico.

Esta inserción de la arqueología en la Antropología y en la Historia nos indica que aquélla, al igual que éstas, debe ser considerada como una ciencia social. Su objeto de estudio es el hombre y su cultura entendido aquél no como una entidad aislada, sino como miembro de una sociedad y como tal sujeto a leyes sociales, agente participante de ese producto social tan particular como es la cultura.

Entendemos por cultura al producto social de un sistema en el que participan dos factores: el hombre y el medio natural. Cada sociedad, cada grupo humano dio una respuesta singular a los condicionamientos que le imponía el medio geográfico. La investigación arqueológica debe prestar atención a estas formas específicas, entenderlas como el resultado de la particular selección que cada grupo realizó; pero sin renunciar por esto a la búsqueda de regularidades de la conducta humana adaptativa que posibiliten la formulación de leyes generales del desenvolvimiento cultural. La cultura no es una entidad abstracta ni independiente de los hombres que la producen. Tiene una existencia real y es siempre expresión de una sociedad concreta.

Finalmente podríamos definir a la arqueología como la ciencia social que estudia los sistemas y procesos socioculturales (principalmente los que corresponden a sociedades desaparecidas) a través de sus restos materiales.

La especificidad de la arqueología está dada por el tipo de datos que utiliza y por la normalidad técnica de su trabajo. Aunque no siempre sea posible, el objetivo del arqueólogo es la reconstrucción global de la cultura, para lo cual cuenta sólo con los objetos materiales que han sobrevivido. Esta es su base documental. A partir del hallazgo del objeto, de su posición estratigráfica, de su contextualización ya con respecto a los otros hallazgos como al resto del yacimiento, a las condiciones y localización en que se encuentra, el arqueólogo comenzará a inferir los demás rasgos no materiales de esa cultura. Este tipo particular de dato o base empírica, determinado por la materialidad del registro arqueológico, impone a la investigación en este campo la necesidad de aplicar métodos y técnicas de recuperación propios (que son los que se desarrollan en la segunda parte de este capítulo).

El producto de la investigación arqueológica se considera científico cuando trasciende el nivel descriptivo y clasificatorio por medio de la interpretación y la explicación; ambas deben estar dirigidas a la explicitación de las relaciones causales y determinantes presentes en el fenómeno que se estudia. La búsqueda de lo determinante, es decir de aquello que caracteriza una época y la dinámica de un proceso, más allá de lo accidental o secundario, deben ser objetivos permanentes en la mira del arqueólogo.

Cómo se efectúa una investigación arqueológica

En muchas oportunidades una investigación arqueológica comienza con el hallazgo fortuito de un sitio o un resto. Sin embargo, en la actualidad, el descubrimiento de los yacimientos arqueológicos es consecuencia de un riguroso plan de investigaciones, diseñado en base a la necesidad de dar solución a uno, o una serie de problemas, surgidos del estado actual del conocimiento científico, y acerca de un universo cuyas dimensiones varían de acuerdo a los intereses del investigador.

Este universo puede ser definido como región fisiográfica, tener contornos culturales, o bien estar limitado a un periodo determinado. De esta forma, la labor arqueológica

se halla sujeta a normas metodológicas que tienden a evitar la destrucción innecesaria de yacimientos y la dispersión de recursos humanos y financieros, concentrando los esfuerzos en la búsqueda de respuestas a los numerosos interrogantes planteados.

Los sucesivos momentos o pasos en los que puede descomponerse la investigación son cada día más complejos y requieren el concurso de un gran número de especialistas en otras disciplinas que actúan casi simultáneamente, dado el carácter de inevitable destrucción a la que se somete el testimonio arqueológico.

Una vez efectuado el Plan de Investigaciones, y perfectamente definidas las etapas de trabajo, se procede a la recopilación sistemática de todo material bibliográfico, cartográfico, aerofotográfico, etc., incluyendo datos precisos acerca del clima, geología, geomorfología, botánica, zoología, no sólo del paisaje y condiciones actuales, sino de épocas pasadas durante las cuales existieron diferencias ambientales.

El conocimiento y manejo de toda esta información será fundamental para un efectivo trabajo de campo y para la correcta evaluación de los restos exhumados durante la excavación.

El segundo paso es la "prospección" del área, región o sector geográfico en cuestión. La prospección es sinónimo de "examen del terreno" que puede llevarse a cabo con una amplia gama de técnicas, que van desde el simple recorrido a pie hasta el reconocimiento aerofotográfico.

Las características fisiográficas del terreno imponen, la más de las veces, la técnica apropiada. Así, las estepas y desiertos presentan problemas muy disímiles a los que se encuentran en regiones de florestas y selvas impenetrables. Con la aplicación de rigurosas técnicas de muestreo cuantitativo se logra, desde hace pocos años, la detección sistemática de sitios arqueológicos en zonas donde los métodos tradicionales son poco efectivos o totalmente nulos.

La prospección del área y la documentación fotográfica resultante es, día a día, más utilizada por los arqueólogos. La perspectiva lograda a determinadas alturas y a ciertas horas del día permiten observar con claridad estructuras habitacionales, cercas, terrazas u otras construcciones antiguas, así como las diferencias de coloración en la vegetación alertan sobre la existencia de estructuras subterráneas o invisibles a la prospección directa sobre el suelo.

Otras técnicas, aun con resultados variables, como la determinación electromagnética y la prospección eléctrica, son empleadas en determinadas circunstancias.

La localización de los yacimientos es sólo una parte de la prospección. La evaluación de su contenido es, quizá, la labor más significativa, pues de la misma surgirá la selección de sitios para excavar, de acuerdo a los enunciados hipotéticos del plan de trabajo.

En yacimientos de superficie es habitual la recolección de materiales según normas preestablecidas. La extensión del yacimiento impondrá la recolección total o parcial, según técnicas de muestreo casual o probabilístico.

Realizar pozos de sondeo o prueba permite aumentar los datos suministrados por la recolección, sobre todo observar la estratificación y la relación contextual entre los artefactos y determinar si justificará o no la excavación sistemática.

La recolección de superficie, si bien puede aportar un muestreo del contenido subterráneo del sitio, nunca proporciona datos definitivos. La acción erosiva de los agentes climáticos, la destrucción de restos por parte de animales y el saqueo indiscriminado de aficionados y coleccionistas perturban el contenido original de la superficie del yacimiento.

La rigurosa selección de sitios de acuerdo a su contenido es, entonces, el paso previo a la excavación. Las posibilidades financieras y la general escasez de personal auxiliar

idóneo para los trabajos de exhumación son factores a veces determinantes en el proceso de selección.

Una vez efectuada ésta, la investigación arqueológica llega al momento más publicitado, aunque menos conocido en su real significación: la excavación.

Los fines científicos de una excavación arqueológica pueden resumirse en tres logros fundamentales para el investigador:

1. la recuperación de los objetos o artefactos;
2. la determinación de la relación horizontal o "contextual" entre otros artefactos,
3. la relación vertical o "estratigráfica" entre los contextos, a fin de elucidar la secuencia cultural y cronológica del yacimiento.

Las técnicas para llevar a cabo la investigación varían de acuerdo con el tipo de yacimiento, aunque en lo esencial son similares y tienden a un objetivo primordial: la recuperación de la mayor cantidad de testimonios posible a medida que se va destruyendo el registro arqueológico. Sea en una cueva antiguamente habitada por cazadores, o en un asentamiento de plantadores semisedentarios, o en una planta urbana de sociedades complejas, el arqueólogo busca, no sólo el artefacto depositado, sino una enorme cantidad de signos o señales de su relación con otros —similares o no— que únicamente pueden ser recuperados mediante una paciente y laboriosa excavación. Así, esta etapa del plan de trabajo puede ser muy extensa y realizarse en numerosas campañas requiriendo una compleja infraestructura logística.

La necesidad de ir logrando resultados parciales que orienten la investigación en el sentido correcto impone, a veces, la excavación de varios simultáneamente, lo que obliga a la división del personal en grupos de trabajo que actúan coordinadamente.

En pocas oportunidades un yacimiento se excava completamente; en ocasiones no es necesario a los fines de la investigación, ello permite que subsista parte del registro arqueológico para efectuar nuevos estudios, inclusive por otros arqueólogos.

Cuando el investigador considera haber reunido todos los datos necesarios para cumplir con sus enunciados teóricos comienza una nueva etapa de su trabajo: la clasificación del material y el posterior análisis de sus relaciones contextuales y cronológicas. Es, sin dudas, la etapa más tediosa y de ella dependerá, en gran medida, el resultado final de la investigación.

La clasificación artefactual implica la ubicación acertada del objeto recuperado en una categoría o tipo establecido. Tanto en los materiales cerámicos, como los líticos, óseos, textiles, etc., deben ubicarse perfectamente de acuerdo a la tipología utilizada por el arqueólogo. El uso de varias clases de tipologías implica una mejor adscripción del material; su aplicación en forma conjunta con la estadística permite obtener valiosos datos porcentuales que ayudan a la comprensión del origen y significación de los contextos: junto a la clasificación simple se efectúan trabajos de restauración y conservación; de tal manera se extraen del material todos y cada uno de los elementos necesarios para efectuar la clasificación. El uso de programas computarizados añadió a la clasificación arqueológica la posibilidad de combinar múltiples variables tecnológicas y estilísticas con el consecuente ahorro de tiempo y personal.

Paralelamente al trabajo del arqueólogo, un gran número de especialistas en otras disciplinas concurren en la obtención de una serie de datos de gran valor para su interpretación cultural. El análisis de los restos animales y vegetales —propio del zoólogo y del botánico—, como de las muestras edáficas y polínicas y el análisis de los rastros de utilización en los instrumentos aumentaron, en los últimos años, el caudal de datos obtenibles de un yacimiento arqueológico.

La importancia de ellos, si bien mucha, produjo curiosamente en nuestro país el

surgimiento de simplistas enfoques puramente ecologistas y economicistas, que no logran trascender la mera especulación instrumental.

Un aspecto de suma importancia es la cronología que el investigador atribuye a sus descubrimientos. La posición estratigráfica de los artefactos provee una cronología relativa entre los mismos y aunque permite ir construyendo la secuencia temporal del yacimiento, no alcanza a precisar la antigüedad absoluta de los mismos, ni para realizar las necesarias correlaciones culturales.

La sincronía de las capas arqueológicas con capas geológicas, o con depósitos formados por fenómenos climáticos, o bien su asociación directa con fauna o flora extinguida permiten alcanzar mayores precisiones cronológicas. En muchos casos el estudio de contenido de turberas y varves alcanzó para fechar con mucha aproximación restos arqueológicos asociados. En los últimos años, la aplicación de técnicas provenientes de las ciencias físico-químicas y adaptadas a las necesidades del arqueólogo han logrado establecer secuencias cronológicas con pequeños márgenes de error. Sin duda el fechaje en base al carbono radioactivo es el que más se ha utilizado, prueba de su efectividad y relativa sencillez de aplicación. El límite de edad fechable con este método, calculado actualmente en 50.000 años, comprende a la mayoría de yacimientos arqueológicos del mundo entero.

Para aquellos que escapan a este límite, otros métodos radioactivos, como el Potasio Argón son utilizados, como en el caso de Oldawai en Tanganica.

Otras técnicas, radioactivas o no, se han aplicado con distintos resultados y en diferentes materiales. La termoluminiscencia en la cerámica, la fluorina y la extracción de colágeno en los huesos, la hidratación de la obsidiana, el arqueomagnetismo y la dendrocronología.

Es factible que el rápido progreso tecnológico no sólo perfeccione los métodos en uso, sino que descubra nuevas técnicas aún más precisas y confiables.

La obtención de fechajes relativos o absolutos no es el fin último de la investigación arqueológica, sino un paso más en el lento y complicado camino de la reconstrucción cultural.

Un vez que el arqueólogo estudia los materiales clasificados, analiza y comprende las internas relaciones entre artefactos del proceso de cambio, en base a las relaciones espaciales y cronológicas de aquellos, continúa su trabajo como científico social.

Ya no son los objetos los que atraen específicamente su atención, sino el hombre y la sociedad que representan, tratando de elucidar —a pesar de las limitaciones impuestas por el registro arqueológico— las fuerzas y las causas que originaron el cambio, con todo lo que ello tiene de significativo para el hombre moderno en sus propios días.

El paso final de la investigación es la redacción del informe científico, en el que el arqueólogo expone los resultados de su trabajo, sus hipótesis contrastadas, los métodos y técnicas empleados y la elaboración final de acuerdo a sus descubrimientos y especulaciones teóricas. La publicación del informe, o de una concisa síntesis, permiten a la comunidad científica el conocimiento de lo actuado, sirviendo —desde ese momento— como referencia de futuras investigaciones.

varves: sed. arc. - 11000 años lacustres.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO, Martin 1967
Introducción al estudio de la prehistoria y de la arqueología de campo. Ed. Guadarrama. Madrid.
- CLARK, G. 1939
Archaeology and Society. Londres
- CHILDE, V. Gordon 1972
Introducción a la Arqueología. Ed. Ariel. Barcelona.
- HOLE, Frank y HEIZER, R. 1972
Introducción a la arqueología prehistórica. Ed. Fondo de Cultura Económica. Madrid
- WHEELER, Mortimer 1956
Arcaeology from the earth. Baltimore. Pelikan Book.